

El Conde de Villafuertes en París

1825 - 1826

por

FEDERICO DE ZAVALA

La figura del conde de Villafuertes resulta una figura interesante, por lo menos para los que se dedican a la historia de nuestro País en el siglo pasado. A él le tocó vivir una época por demás crítica; una época de "crisis", en la que la manera de vivir de muchas generaciones, las ideas, las instituciones son sustituidas por otras.

Su vida se extiende entre el último cuarto del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Manuel José de Zavala, Acedo, Aramburu y Atodo-Iñarra, conde de Villafuertes, había nacido en Villafranca de Oria, en la casa principal del mayorazgo de su apellido, hacia las dos horas de la mañana, poco más o menos —como dice la partida de bautismo—, del día siete de noviembre de 1772, y murió el día ocho de octubre de 1842, en Alzo de abajo, en la casa principal del mayorazgo de Olazábal, junto al viejo monasterio de San Salvador del que era patrono.

El conde no fué ajeno a los acontecimientos que en aquellos años ocurrían. El intervino activamente en las luchas políticas; fué varias veces Diputado general de la Provincia, dos veces Jefe Político de la misma, Corregidor, Prócer del reino en el Estamento de Próceres en el año 1834, fué perseguido, vivió en París y Bayona, intervino en la capitulación de El Ferrol ante el ejército del Duque de Angulema, etc.

En este trabajo nos vamos a ocupar de su estancia en París, un capítulo muy breve de su vida, abarca algo más de un año: de enero de 1825 al verano de 1826, y quizá no tan interesante como para sentar la afirmación hecha al principio, pero en este punto el lector, sobre la base de los hechos que le presente a su consideración, podrá juzgar. Espero, D. m., poderme ocupar en otra ocasión de otros aspectos de su vida.



Cuando el Conde de Villafuertes, a principios de 1825, se trasladó a París llevaba muchos años de casado con doña Escolástica de Salazar, Sánchez Samaniego, Salazar y Fernández de Tejada (1), tantos que ya era abuelo. La boda se había celebrado el día 30 de mayo de 1796 en la iglesia parroquial de San Pedro, de Vitoria. De este matrimonio nacieron cinco hijos: Dolores, Ignacio, Ladislao, Casilda y Ramón. Dos de ellos, Ignacio y Ladislao, que entonces tenían 22 y 20 años, le acompañaron a París.

No sabemos si el motivo de tal viaje era político. Acababa de inaugurarse el segundo período absoluto de Fernando VII, y Villafuertes, que había sido Jefe Político en el período constitucional (lo fué de 1820 a 1822), se hallaba envuelto en una serie de expedientes y de pleitos que, si bien le dejaban en libertad (se iban a cumplir los dos años de la entrada del ejército de Angulema), no dejaban de causarle continuas molestias, disgustos y sinsabores. Pero, además, existía otra razón de tipo científico o instructivo: los estudios de sus hijos, Ignacio y Ladislao, que unido a sus propias aficiones hacia las ciencias naturales, podía servir de complemento al primer motivo apuntado.

El París de aquel entonces era el París de la restauración borbónica, y también el París del Romanticismo: eran los días de Lamartine, de Vigny, de los primeros pasos de Hugo; es el de la década (del 20 al 30) que Menéndez y Pelayo llama gloriosa.

En este París siempre amable, Villafuertes no lleva una vida de aristócrata ocioso. El, que tenía 52 años, y sus hijos se matriculan en los cursos de ciencias naturales de la Sorbona. En un principio se alojan en el Hotel de *Nantes*, rue de *Chartres*, n.º 1, que se encontraba en las cercanías de las Tullerías, pero más tarde, y como se les hacía muy pesado e incómodo el recorrer media legua diaria para asistir a las clases, se trasladan a la *rue d'Orléans*, número 1, *près du jardin du Roy*, o jardín de plantas.

Esta nueva habitación está en un lugar mucho más pacífico y silencioso que la de las Tullerías. En el centro de París la cantidad de coches es impresionante; según los datos que nos proporciona Ignacio, hay 16.000 coches particulares, 900 fiacres (coches que se alquilan por carrera y por horas) 1.800 cabriolés (que se alquilan como los fiacres), 6.000 cabriolés de otra clase más decente, que se alquilan por día o por temporada, y 300 diligencias que salen al día; esto sin contar con las carretas de aguadores y carromatos de

(1) Esta señora era natural de La Guardia, hija de don José María de Salazar y Salazar y de doña María Joaquina Sánchez Samaniego y Fernández de Tejada, señores de Arlucea.

transporte de víveres, etc. "Así sucede —concluye— que el lodo de las calles es negro, de cargado que está de hierro".

No es pues extraño que al salir de esta barahunda de cocheros y caballos escriba el mismo Ignacio "que puede uno hacerse cargo de que ha salido a pasar el verano a una casa de campo, según la costumbre de París." El jardín del rey es delicioso; a un paso del centro de París se creen en plena campiña. El conde llama a su habitación "la aldea". La rodea una colección completísima, selecta y frondosa de árboles y plantas. Allí, el conde, en los largos días de junio, se pasea y aún puede leer a las nueve de la tarde una "letra a mano", y se pregunta hasta qué hora se podrá leer en Vitoria hacia el día de San Juan: él cree que la diferencia será de media hora. También tienen en el jardín una *ménagerie* de animales, aves y toda clase de avechuchos.

Como he indicado, la principal finalidad de este cambio de habitación es el estar más cerca de las muchas clases que se dan en el jardín de plantas. Aquéllas comienzan muy temprano: a las siete y media de la mañana tienen clase de Mineralogía, a las nueve y media de Botánica, algo más tarde de Química. El profesor de Mineralogía es Brogniard, el colaborador de Humboldt (2). Brogniard es también director de las fábricas de porcelana de *Sèvres*, y un día del mes de julio de 1825 les invita a visitar las manufacturas famosas. Estando visitándolas llegó la duquesa de Angulema con el mismo objeto y el director tuvo que abandonar a sus discípulos para atender a S. A.

La excursión a *Sèvres* termina con una visita a los jardines de *Saint-Cloud*, en donde almorzaron, en compañía de otros españoles (no dice quiénes son), al aire libre, con muy buen humor, "pero con moderación en todo —escribe—, aun en la comida".

El profesor de Química es Thénard (3). Este es un sabio distraído que en lugar de beber agua azucarada, como tenía por costumbre mientras daba clase, se bebió una sustancia venenosa, por lo que tienen que suspender durante una semana las clases de Química, mientras Thénard se repone, pues el buen profesor no tiene quien le sustituya, "lo que es una prueba —comenta el conde— de la imperfección con que hacen las cosas esta gente".

Sin embargo, la vida del conde de Villafuertes y de sus hijos en

(2) Villafuertes tenía amistad con G. Humboldt. Hay una carta suya, fechada en Tolosa en septiembre de 1826, publicada por Justo Gárate, y dirigida a Humboldt.

(3) Famoso químico. Fué profesor del Colegio de Francia y de la Escuela Politécnica. Precisamente en el año 1825 fué creado Barón por Carlos X.

París no se reduce únicamente a los estudios, sino que la distribuyen entre éstos y la vida de sociedad. Por eso se quejan de la falta de tiempo, particularmente Ignacio, “pues parece que pasa aquí más ligero que en otras partes —escribe— particularmente a los que como nosotros quieren abrazar a una las dos vidas: de estudiante y de gente de sociedad; esto de atender a ambas, de querer aprovecharse de lo útil de la una sin olvidarse de lo agradable y de lo que exige la otra, de tener que ir por la mañana a oír a nuestros profesores y luego vestirse al anochecer, pues que no es cosa de presentarse en ninguna parte lleno de barro, tiene más dificultad de lo que parece; así es que da uno siempre en lo mismo: no hay tiempo”.

Dentro de esta vida de sociedad, y formando parte muy principal de ella, destacan las reuniones musicales. El conde y sus hijos tienen gran afición al arte musical, y no solamente se dedican a escucharlo sino que ellos mismos lo ejecutan. No sabemos qué instrumentos tocaba el conde, pero en sus cartas dirigidas a España dice que de nuevo formarán cuartetos y tríos como en los años anteriores. Sus compañeros eran los azcoitianos Olano, Hurtado y Zabala. Pregunta si éstos siguen formando cuartetos y tríos y si Dolores Olano toca lo bastante para formar parte de ellos. Como se ve aún había “caballeritos” en Azcoitia y en los salones de Jausoro y Churrucache se mantenía el espíritu de Peñaflovida.

En París más oyen música que tocan; pero, sin embargo, sus hijos, Ignacio y Ladislao, no dejan de hacerlo. Quieren ambos dar lecciones de armonía y Madame Merlín (4) se ofrece a informarse sobre algún profesor. El conde es un buen cliente de Pleyel, compra piezas y más piezas musicales para sus hijos y para remitirlas a España, hasta el punto de que Pleyel las envía a su casa para que escoja las últimas novedades y le hace un descuento en el precio de las mismas.

Ignacio encuentra que las piezas de Rossini arregladas para piano en París pecan de falta de armonía a diferencia de las arregladas por Nono en Madrid. Quiere que se compre el arreglo español para piano de la obertura de Semiramis, para que él pueda compararla con la francesa. En cuanto a los pianos que ellos han oído en París les parecen inferiores al que tienen en Vitoria, “raro es —escribe Ignacio— el que tenga una igualdad semejante de voces tan agradables; hay algunos que por su construcción (de cola)

(4) Mercedes Jaruco, condesa de Merlín, era hija de la condesa de Jaruco, famosa rival de la Montehermoso en la corte de José Bonaparte. Madame Merlín, que tenía un gusto exquisito y una espléndida voz, organizaba en su casa de París grandes fiestas y conciertos.

se diferencian mucho en lo fuerte y sonoro de ellas, pero siempre se resienten de desigualdad y debilidad en los altos“.

Ladislao tiene un violín construido por Viullaume en 1825, número 27, que fué cuando abrió taller propio (5), con treinta y ocho ondas horizontales de borde a borde, bastante regulares, en su fondo. Un día de primavera, mientras su hermano Ignacio se sentaba al piano para tocar una pieza de Rossini, se asomó al balcón que daba al hermoso jardín de plantas, con su violín, pero con tan mala suerte que el violín se desprendió de sus manos y cayó al jardín; la rotura fué pequeña y el mismo Viullaume se la arregló.

Muchas días, después del paseo, por las tardes, tienen su pequeña tertulia. Vienen españoles conocidos que viven cerca de la casa y algunos franceses. Ignacio y su hermano forman dúos y, algunas veces, en compañía de dos franceses, cuartetos... Uno de estos franceses es el joven Conde de Prunelle, que toca el violoncello. “Es un joven —escribe Villafuertes— muy simpático y agradable, que ha estado en España y guarda de ella muy buen recuerdo. Ha tocado cuartetos en Mondragón y en Vergara, en donde ha estado de guarnición, con Olano, el conde de Monterrón y Zabala”. Otro de los franceses que acude a esta tertulia es uno que vive en la misma casa y es “muy apasionado por la música”; suele cantar acompañado al piano por Ignacio, “y tiene gusto para francés”.

Por aquel entonces Rossini era director del teatro Italiano y triunfaba en París. Hacía pocos años que había estrenado en Venecia su ópera Semíramis. En París se estrena esta ópera en el teatro Italiano y a él acuden Villafuertes y sus hijos. La canta madame Fodor, rival de la no menos célebre madame Pasta (6). “Pero aquélla, como francesa —escribe Ignacio—, tiene anticipadamente muchos elogiadores”. Sin embargo, y como sucede siempre, los partidarios de la Pasta la creen muy inferior a ésta y dicen que tiene miedo de presentarse en el teatro a su lado. Las localidades para el estreno de Semíramis se venden a precios elevadísimos: las co-

(5) Mi buen amigo Antonio Labayen ha tenido la amabilidad de enviarme una nota sobre el violín, que ha examinado como buen conocedor, y sobre el violero. Este, Juan Bautista Viullaume, es uno de los mejores maestros de la escuela francesa; abrió el taller de la calle de «Croix des Petits Champs» en 1825, en donde fué hecho el violín de Ladislao. Construyó unos tres mil instrumentos, y los mejores son los de la primera época, trabajados por él personalmente y sin artificios. Es decir, sin someter a las maderas a una preparación previa. Gozan los de la primera época de gran favor y el modelo y factura de los violines son de mano maestra y recuerdan a los más bellos italianos.

(6) Judith Negri, italiana; con Josefina Fodor era la primera cantante.

rrespondientes a las antiguas lunetas llegaron a venderse por los revendedores a sesenta francos.

Otra de las óperas que piensan oír es el "Viaggio a Reims", también de Rossini, quien acaba de componerla con motivo de la coronación de Carlos X. Murga, que la ha visto, les dice que es buena. Espera que pronto la puedan tocar al piano. Oyen asimismo otras óperas que no conocían, pero no dicen cuáles son.

No solamente oyen ópera, sino también conciertos. Voy únicamente a hacer mención de dos: uno celebrado en la Opera y el otro en el teatro de S. A. la Duquesa de Angulema. El primero fué famoso por las celebridades que tomaron parte: cantaba la Pasta, al piano Enrique Herz y el violín lo tocaba Carlos Felipe Lafont. Herz, muy joven, se hallaba al comienzo de su carrera y ya era el primer pianista; andando el tiempo se dedicó a la construcción de pianos. De Herz dice Villafuentes "que tiene mucha reputación aunque no está en proporción con la habilidad de Lafont". Este se hallaba entonces en la cumbre de su arte. Ambos, Herz y Lafont, recorrieron Europa triunfalmente. En una de estas correrías, víctima de un accidente, moría Lafont.

Al concierto del teatro de la duquesa de Angulema acuden con Magallón y Albéniz (7), y pasaron un buen rato. El piano lo tocó Herz, el arpa madame Hendelle, acompañados por una excelente orquesta. Lo curioso de este concierto fué la participación en él de un nuevo instrumento llamado la fisarmónica, "que causó —escribe el conde— mucha risa y también mucho aplauso". "Es una especie —continúa— de cajita con teclado, semejante al piano; tiene voces extrañas particularmente en los pianísimos en que quedamos como a oscuras, casi sin oírlo, y esto causó una risa general, hasta que por grados fué subiendo de este pianísimo a fuerte. Parece un organillo pero se toca por medio de teclas".

Entre los españoles que viven en París está su prima Pilar de Montehermoso (8), condesa de Echauz y del Vado, casada en segundas nupcias con un capitán de la guardia de Napoleón. La condesa de Echauz vivía a un gran tren: además de su casa de París, tenía

(7) Pedro Albéniz, notable músico, que vivió muchos años en San Sebastián; fué profesor de piano de Isabel II.

(8) Pilar de Acedo y Sarria era hija de José María de Acedo y Ato-do-Iñarra, conde de Echauz y vizconde de Río Cavado, y de doña Luisa de Sarria, condesa del Vado. Casó en primeras nupcias con José María Aguirre-Zuazo, marqués de Montehermoso. Figuró mucho en la corte de José Bonaparte. Villafuertes era primo carnal de la Montehermoso por ser el padre de ésta y la madre de aquél hermanos.

una casa de campo y un *chateau* en el *Béarne*, en Carrese (9). Cuando Villafuertes y sus hijos llegan a París, los Echauz se hallaban en la casa de campo, pero vuelven a los pocos días; la encuentran muy guapa. Ella se interesa por la familia de su primo, especialmente por la hija mayor de éste, Dolores (10), a la que recuerda con cariño. Quedaron en que los días en que ellos recibían comerían en su casa.

A la llegada del mes de agosto, el conde y sus hijos preparan las vacaciones. Han decidido, en primer lugar, pasar unos días en la casa de campo de Pilar Echauz y, luego, ir a un puerto de mar de las cercanías de Bélgica y visitar Bruselas. Los días pasados en la casa de campo de los Echauz fueron deliciosos, con un tiempo muy hermoso. Allí Ignacio aprendió la obertura de la ópera "Semíramis". Luego pasan a Boulogne y a Dieppe, en donde Ignacio y Ladislao nadan en el mar; lo hacen en sitios seguros y acompañados de un criado que nada con ellos.

Después de pasar el verano en el campo, los Echauz vuelven a París a primeros de octubre. Esta estancia en la capital es breve, el tiempo necesario para disponer su viaje a Carrese, en donde piensan estar de quince a veinte días, y a Pamplona. Sienten mucho esta marcha de su prima y tía.

Otra de las casas que frecuentan es la de Arnao (11) y la de Murga (12). Este es un técnico en cuestiones financieras a quien Villafuertes consulta con frecuencia, sobre todo para la imposición de unos fondos y la adquisición de unos títulos franceses que considera los más seguros, incluso más que los ingleses en donde ha habido por estos años varias quiebras. La muerte del zar de Rusia, Alejandro I, y los trastornos seguidos a este acontecimiento, les preocupa, pero tanto uno como otro creen que no se alterará la paz en Europa.

Uno de los últimos días de mayo de 1825, Villafuertes se encuentra con Murga a la puerta de la casa de éste, en la *rue de la Paix*; Murga, que va acompañado de su hijo y de su cuñado, insta a Villafuertes a subir a su coche, "y aunque temía —escribe el conde—

(9) Carrese fué comprado por el marqués de Camarasa y, años después, un incendio lo destruyó.

(10) Estaba ya casada con don Miguel María de Alcibar-Jáuregui, Michelena, Acharan y Repáraz. Tuvo dos hijos: Angeles e Ignacio. Aquella casó con Esteban Zurbano y Monzón, padres de Luis, Dolores y de los PP. Miguel y Ramón, SS. JJ.

(11) González Arnao, escritor, jurista y diplomático.

(12) José Murga Barrera, 1770-1834. Casado en primeras nupcias con Joaquina Zaldúa Murga; en segundas con Ceferina Hurtado de Corcuera y Alcibar.

no desempeñar con esta distracción las cosas que me había propuesto con mi cabriolé, que llevaba por el calor que hacía para andar por las calles dos o tres horas, he cedido a sus instancias y hemos ido un rato en buena compañía” hablando de finanzas. Murga se volvió en septiembre a Bilbao.

Por medio de Guillermo Uhagón, primo de su yerno Alcívar, conoce a los banqueros Outriguin Jauge, que se hallan en relaciones comerciales con Uhagón. Estos banqueros “son gentes de bastante gran tono; tienen sus *soirées* los lunes y me han convidado a ellas”.

Si unos se van, Pilar Echauz, Murga; otros vienen: Narros, Iñigo Ortés de Velasco y el mismo Guillermo Uhagón.

Iñigo Ortés de Velasco, Esquivel, Salcedo y Peralta (13) era sobrino de Villafuertes por la mujer de aquél, doña Teotiste Urbina, Salazar, Gaytán de Ayala y Sánchez Samaniego, marquesa de la Alameda, hija de María Manuela (14), que, a su vez, era hermana de Escolástica, la mujer de Villafuertes. Iñigo se presentó en París a finales de noviembre. Villafuertes se había preocupado de buscarle habitación y le había encontrado una, que al conde le gustó, en la *rue de Rivoli*, “la nueva y más hermosa calle de París”; costaba trescientos francos y daba al jardín de las Tullerías. “Pero, en fin, es mejor que él mismo la vea”.

Todos los jueves se reúnen a comer, en casa de madame Boulard, ocho o diez amigos, entre ellos Guillermo Uhagón e Iñigo Ortés de Velasco. La mesa es muy buena, la señora muy amable y el precio es de cinco francos por persona.

Con Iñigo han hablado de la necesidad de mejorar las cocinas de sus casas, imitando a la francesa, “que en esto ya se puede imitar a los franceses”. En el País Vasco, comentan, hay elementos de primera calidad: buenas aves y capones, pescados en abundancia, buena vaca, ternera, vegetales, incluso caza. El paladar del conde es ya viejo —dice él—, de más de cincuenta años, y en ellos ha comido de todo; pero lo bueno no solamente es más agradable sino que también es más saludable por comerlo sin repugnancia. Recuerda con gusto aquellos platos y pucheros de hace dos años,

(13) Fué Gentilhombre de Cámara con ejercicio y servidumbre, senador del reino, Gran Cruz de Carlos III, etc. Suegro de Ignacio, el hijo mayor de Villafuertes, al casarse, años después, aquél con su hija Josefa, marquesa de la Alameda.

(14) María Manuela Salazar, Sánchez Samaniego, Salazar y Fernández de Tejada, casó con don Ramón de Urbina y Gaytán de Ayala. La belleza de esta dama fué muy celebrada por Jovellanos cuando éste pasó por Vitoria.

otoño de 1823, de Astillero y Santoña, a la vuelta de Galicia. Para arreglar esto de la cocina piensa comprarles a las *echecoandres* buenos libros de cocina y de *pâtisserie*.

Mucho tiempo lo ocupan en complacer a parientes y amigos cumpliendo los encargos que reciben. Un Hurtado de Mendoza, de Azcoitia, le encarga, por medio de Alcibar, la compra de un reloj con su cadena. Villafuertes contesta que lo hará con mucho gusto, cuando se trata de una persona "que demostró tanto interés en aquellas circunstancias"; ignoramos cuáles fueran aquellas circunstancias a que alude el conde; quizá fueran las que acompañaron al cambio político que se verificó en el año 1823. Villafuertes dice que le comprará un reloj semejante al que Urbina compró para Iñigo (la compra del reloj se la encargaron en mayo de 1825, cuando Iñigo estaba en Vitoria). Este reloj es de la casa Bartou, "una casa muy buena por su habilidad, honradez y hombría de bien". Sin embargo, y a pesar de estas cualidades, el reloj se demora por culpa de Bartou; ha estado en su casa tres veces, la última le dijo que estaría dentro de cuatro o cinco días, han pasado ya más de ocho y le dicen que todavía tardará otros cuatro días; "éstas —comenta— son demoras que suceden en París, después de ocupar tiempo y camino".

Algo semejante sucede con el joyero en donde compra la cadena de oro y el topacio para la cifra. Hablando de este joyero dice que se ha tomado más largas, que son ya bien pesadas, y ha dejado de cumplir su palabra: "el mentir continuo de esta clase de gente de París es lo que hace perder mucho tiempo y paciencia, y tienen tal hábito de engañar de este modo y con *une parole d'honneur* que no hay quien aguante". El reloj costó setecientos cincuenta francos y la cadena doscientos cuarenta francos.

Otro de los encargos que recibe es el de una peluca para Olano, de Azcoitia. Este encargo lo hace mucho más fácilmente que el del reloj de Hurtado. Se lo manda por medio de Campuzano (15), que viene de Dresde y ha pasado unos días en París de paso para Madrid. Este la entregará en San Sebastián a su cuñado Magallón, en cuya casa la recogerá Ugartemendía para que, por medio de persona de confianza, la entregue en Azcoitia a Olano. Como se ve las precauciones no son pocas.

Teotiste Urbina y Salazar, mujer de Iñigo, encarga que le hagan en París un retrato, pero, como ella está en Vitoria (Iñigo también está en la capital alavesa), falta el modelo, y los de París encuentran

(15) Joaquín Francisco Campuzano, diplomático y escritor.

que por esta causa el encargo es muy difícil de realizarlo bien. Mas, sin embargo, quizá se pueda encontrar algún retrato semejante, entre los tantos que se ven en París en tiendas y almacenes, o alguna persona cuyo parecido con Teotiste sea notable. Ladis'ao se avista con Urbina y ambos acuden a un retratista que tiene su estudio en las cercanías del *Palais Royal*. Es un buen retratista; entre otras pinturas le enseña una de Napoleón hecha el año 1815; Urbina queda asombrado del parecido, pues vió a Napoleón en aquella fecha; el pintor les dijo que le habían ofrecido por él dos mil cuatrocientos francos, pero no lo había querido vender. Al fin debieron de encontrar algo que se pareciese a Teotiste, pues el pintor quedó en que haría un boceto para que ellos juzgaran. Llegado el día de la cita, que era un viernes, acuden Villafuertes, sus dos hijos y Urbina al *Palais Royal*, a las tres de la tarde, "con mucha curiosidad de ver si hallábamos alguna cosa semejante con el original", pero se encontraron con que nada había hecho ni principiado. Les citó para el viernes próximo, "pero no confiaría mucho —escribe el conde— que no nos llevásemos otro petardo, y esto a la distancia de tres cuartos de legua".

Mayores contratiempos y sinsabores le ocasionan las noticias que le llegan de España referentes a los expedientes y pleitos de que es objeto por su pasada actuación política como Jefe Político de la Provincia de Guipúzcoa durante los dos primeros años de la segunda época constitucional. El principal cargo que se le hace es el de las multas y exacciones por él impuestas, en el cumplimiento de su deber como Jefe Político, a los que se habían sublevado con las armas en la mano contra el Gobierno y los perjuicios que con tal motivo había originado a terceras personas. Como dice Villafuertes, el Jefe Político había obrado dentro del campo de sus atribuciones, conforme a las leyes y decretos aprobados por las Cortes. Además, la amnistía de 1.º de mayo de 1824 comprendía a los Jefes Políticos.

De España, sus amigos, le proponen dos soluciones: una, que por medio del Embajador francés en Madrid, inste para que el Gobierno de Madrid cumpla las cláusulas de la capitulación ante el ejército francés del Duque de Angulema. En el caso de Villafuertes se trata de la capitulación de la plaza de El Ferrol, donde se encontraba el conde cuando capituló esta ciudad y en la que él intervino, pero este medio lo ve muy difícil de conseguir, "porque no habiéndose —escribe— cumplido las más de las capitulaciones, no sé que el Embajador francés quisiera influir para un caso particular como es el mío". Esta es también la opinión de los españoles que residen en París, "mas, sin embargo —dice—, estaré a la mira

de la capitulación de Morillo (16) que desde hace tiempo insta por medio del Delfín, para que se lleve a efecto pero sin fruto y aun pocas esperanzas”.

La otra solución es la de llegar a un acuerdo o arreglo con los demandantes en lugar de esperar a la justicia de la causa. A esto responde el conde “que es un triste y humillante recurso, pues además de hacer con ello confesión (y de cosa que no siente uno como tal) de culpado en haber causado los perjuicios a tercero que reclaman, resultaría el tener que abonar la mitad o más de lo demandado con lo que se presentarían nuevas demandas al ver el éxito alcanzado por las anteriores”.

Una gran noticia, en medio de todos estos temores, es la de una Real Orden que ordena el traslado de todos estos expedientes del tribunal del Corregimiento de Guipúzcoa a la Real Chancillería de Valladolid, en donde espera que se verán con ojos de mayor justicia, librándolos de las animosidades locales y provinciales y sobre todo de las tropelías del Corregidor Taboaga, “lo que no dejará de ser —estas tropelías— una arma grande de defensa”.

El que influyó poderosamente para este traslado de los expedientes a Valladolid fué don Luis de Salazar (17), Conde de Salazar, ministro de Marina y tío de la mujer de Villafuertes.

Por aquellos días, primeros de junio de 1825, París ofrecía un espectáculo poco corriente: la coronación del rey, Carlos X, el antiguo conde de Artois, que en el año 1782, cuando tenía Villafuertes diez años, se había hospedado en su casa de Villafranca de Oria de paso para San Ildefonso, había sido coronado solemnemente, con arreglo a los viejos ritos de la milenaria monarquía de Francia, en la catedral de los reyes, en Reims. Las fiestas de la coronación se celebraron en París. Para ver el gran desfile se echaron a la calle y no volvieron a casa hasta las once de la noche, en que tuvieron la gran fortuna de encontrar un fiacre que les llevó desde las Tullerías a su casa del Jardín de Plantas.

Se instalan, para contemplar el desfile, en las cercanías de las Tullerías, pero tuvieron que esperar cerca de dos horas. Una muchedumbre llena la carrera a pesar de ser ésta muy larga. En las fa-

(16) General en jefe del Ejército de Galicia; capituló ante el general Bourke.

(17) Luis de Salazar, llamado Salazar el marino, era hermano del suegro de Villafuertes. Intervino activamente en política y militó en el campo absolutista. Fué ministro de Hacienda en el año 1812, Jefe Político de Sevilla en 1813 y ministro de Marina durante muchos años. Formó parte del primer Gobierno establecido por la Regencia, a la caída de los liberales, en 1823.

chadas de las casas hay pocas colgaduras y, además, las pocas que hay son sencillísimas, en contraste con lo que sucede en España en tránsitos y pasos reales. Ven pasar a los Tribunales, jueces de paz y otras autoridades como los *maires*, todos uniformados, en coches y caballos de aderezos sobresalientes. A continuación, y hacia la una y media, comenzó a desfilar la comitiva que venía con el rey desde Compiègne; en ella sobresalía el embajador inglés, con seis o siete coches lujosísimos. Había otra multitud de coches de pares, de diputados, ministros, etc. Por último venían las personas reales en carrozas, que por la novedad de sus adornos y riquezas, las grandes plumas que sobresalían sobre ellas, principalmente la del rey, así como los caballos que iban cubiertos de estos adornos, se llevaban la admiración general. El rey, de buena figura y de aspecto sano, en compañía del delfín, iba muy afable correspondiendo a los saludos y vivas de la gente. El cortejo real llegó a las Tullerías a las cinco de la tarde. Creyeron que el rey saldría a saludar desde el balcón que da al jardín, en donde le esperaba la multitud, mas no apareció; se le vió dentro de la galería de cristales.

A las cinco y media se fueron a comer al restaurante inglés del *Boulevard* de los Italianos, "que lo tenemos conocido de antes, por bueno y no caro". Luego admiran los fuegos de artificio "que estaban anunciados como grandes, al paso que al mismo tiempo se veían las diferentes iluminaciones que se preparaban". Los fuegos comenzaron a las nueve de la noche y resultaron breves y no de mucha variedad. El jardín de las Tullerías, frente a Palacio, estaba iluminado formando las luces una gran plaza; también lo estaban algunas casas, como las de los ministros; la del de Hacienda con lámparas de gas portátil "que se empiezan a usar". En general la iluminación no les gustó gran cosa. Otros días hay diversos festejos, como teatros y comidas gratis, etc., etc. Villafuertes desea que pasen las fiestas, "pues para mí, lo mismo en París que en Vitoria o Guipúzcoa, es muy preferible la vida de todos los días".

El conde, en el para entonces lejano París, echa de menos la vida de familia. La que ellos llevan "es —dice— otro género de vida y de ocupaciones muy distintas que no presenta punto de comparación ni compensa los placeres de familia".

El recuerda particularmente a Vitoria, en donde pasan largas temporadas los suyos. Recuerda aquella Vitoria de fines del XVIII, la de la época de su matrimonio en la iglesia de San Pedro; la Vitoria erudita que conoció Jovellanos, la de los Montehermoso, Alameda, Narros, Salazar.

Allá, en medio de París, piensa en la gran casa de los Alameda, con su barroco escudo en uno de sus ángulos y su portal a la calle

de la Herrería, un portal que tiene unos poyos para poder subir a los caballos. En casa de Alameda viven su cuñada María Manuela, la hija de ésta, Teotiste, casada con Iñigo Ortés de Velasco y los hijos de éstos: Javier, Ramón, María Josefa y Carmen, esta última niña de dos años; y se encuentran por aquellos días en la misma casa su mujer, Escolástica, con sus hijos Casilda, Ramón, Dolores y el marido de ésta, Miguel María de Alcibar-Jáuregui y los hijos de este matrimonio, niños de pocos años.

Un jueves ceniciento de primeros de diciembre, mientras comen en la mesa de la bondadosa y amable madame Boulard una *omelette soufflée au pomme de terre*, "que es plato que nos gusta mucho a los golosos", Iñigo Ortés, que acaba de llegar de Vitoria, le va dando noticias de los suyos: le habla de su nieto Ignacio, que está guapísimo. El conde pide detalles de él e Iñigo le cuenta que no quiso ponerse los calzones, pero al ver que se asemejaba a los chicos le gustaron y no quería quitárselos ni juntarse con las chicas (18).

Su yerno, Alcibar, no ha podido acompañar a Iñigo a París, como pensaba, por hallarse su mujer encinta. El conde se preocupa por el estado de su hija, y aún más cuando se entera que piensa dar a luz en Azcoitia, en la casa de Acharan. El camino de Vitoria a Azcoitia es malo por el paso del monte Elosua, "al imaginarme —escribe Villafuertes— y recordar la aspereza del camino hace concebir temores, para lo adelantada que estará ya Dolores en su embarazo". A todos los conocidos, en París, les parece mal este viaje. Su amigo Narros le dice "¿por qué no ha de parir en Arechavaleta, Mondragón, Vergara u otro pueblo sin ir a pasar Elosua?". Villafuertes piensa que su hija, por lo menos, irá en litera, y recuerda que en Vergara hay una que perteneció al Director del Real Seminario, Lardizábal (19). Al fin descansa de su preocupación cuando se entera de que el viaje ha sido feliz.

En París celebran las distintas fiestas familiares: la de su mu-

(18) Ignacio Alcibar-Jáuregui y Zavala. Fué diputado a Cortes por Azpeitia en las Constituyentes de 1869 y en las Ordinarias de 1871; figuró en la minoría carlista. Casó con Pilar Lasauca Fernández de Garayalde Sebastián y Goicoechea, sobrina nieta y heredera de don Juan Martín de Goicoechea, amigo íntimo de Goya a quien éste hizo varios retratos. Goya fué sepultado en la misma sepultura que Goicoechea y, confundidos sus restos, no se sabe si los trasladados a Madrid son los del pintor o los de Goicoechea.

(19) Miguel de Lardizábal y Uribe. Miembro de la Regencia en la Guerra de la Independencia, se opuso a la declaración de soberanía hecha por las Cortes de Cádiz, en un célebre manifiesto, fué Ministro Universal de Indias con Fernando VII y dos veces Director del Real Seminario de Vergara.

jer, la de su hija Dolores, la suya. Esta la celebraron la víspera, pues Iñigo estaba para ese día comprometido a comer. Hacía un tiempo propio de la estación, era el día de San Silvestre, con mucha nieve y con fuertes heladas, “lo que ayuda —escribe— a comer con buen apetito”. Comieron en uno de los mejores restaurantes de París, pero no dice cuál era. En él observaron la particularidad de que los platos de porcelana los traían calentísimos, “tanto que no se podía aguantar”, “para mantener el calor de lo que se iba pidiendo”.

Era un domingo cuando celebraron la festividad de Santa Escolástica. Habían estado en una *soirée*, en casa de Arnao, y de vuelta de la misma, a las once de la noche, se fueron al café “Tortoni” en donde tomaron helados, barquillos y bizcochos. En Vitoria habían celebrado la misma fiesta, con rica leche helada y a distinta hora, pues sería hacia las siete de la tarde.

La fiesta de su yerno, Alcibar, les coge en Dieppe. En su carta de felicitación va enumerando los 29 de septiembre de los años inmediatamente anteriores: el año 1824 los cogió separados, unos en Vitoria y otros en Lumbreras; el año 23 en el camino de vuelta de la Coruña y el 22, “aunque reunidos —escribe—, si no me engaño, en Tolosa, rodeados de cuidados, sustos y mil disgustos que lo hacían bien poco agradable”.

El espera que pronto puedan reunirse en Vitoria o en Tolosa. Ya en el verano de 1826 Villafuertes había abandonado París, y para el mes de septiembre, por lo menos, se hallaba en Tolosa.

Zavalarreta, diciembre de 1951.

